

**M**UCHÍSIMAS personas, en decenas de países y en el transcurso de varias décadas, me han preguntado si conocí a Jorge Luis Borges. Presumían que, habiendo vivido largos años en la misma ciudad y siendo ambos intelectuales, debimos de haberlos encontrado a menudo. Decepcioné a mis interlocutores al informarles que con Borges sólo he tenido desencuentros.

Por cierto que nos cruzamos muchas veces en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, pero ni siquiera nos saludábamos. Él iba literalmente rodeado de damas que, mirándole a uno con ferocidad, protegían a su ídolo de curiosos y cazadores de autógrafos. (Sólo una vez, en París, vi un espectáculo semejante: el psicoanalista Jacques Lacan caminaba en medio de su cortejo. Pero esta comparación es superficial, ya que Borges no era un farsante, ni escribía en difícil para simular profundidad, ni cobraba por charlar.)

Borges y yo pertenecíamos a cohortes diferentes: cuando yo gateaba, él ya había publicado un manifiesto literario. También pertenecíamos a departamentos universitarios diferentes: él, al aula de literatura; yo, al de filosofía. Transitábamos en círculos sociales tangentes entre sí: él se veía con escritores y hacendados; yo, con profesores y estudiantes. Y pertenecíamos a bandos políticos universitarios opuestos. Pero la diferencia más importante es que él era justamente famoso en todo el mundo mientras yo era justamente desconocido.

Nos escribimos una sola vez. Yo le pregunté si su cuento «El hombre de la esquina rosada» era una crítica velada al solipismo, y Borges me respondió que sí. Yo conocía su obra, él ignoraba la mía. Su obra era conocida y apreciada. La mía, en aquella época, sólo interesaba a unos pocos físicos y epistemólogos. Él y yo sólo teníamos tres rasgos en común: porteñismo, anglofilia y admiración por la obra de Jorge Luis Borges.

Como todos los que lo han leído, yo admiro sobre todo tres aspectos de Borges: la vastedad de su cultura, la pureza de su estilo y el vuelo de su imaginación. No creo que haya habido otro escritor tan lleno de erudición literaria e histórica, ni con tanta curiosidad auténtica por rompecabezas conceptuales, en particular los relacionados con los conceptos de infinito. Pocos han descollado en poesía, novela y ensayo.

Pero la erudición se adquiere con un poco de curiosidad, mucha laboriosidad, gran paciencia y holgura económica. Y el estilo se va puliendo a fuerza de leer buenos autores (en su lengua original), de reescribir y de pedir consejo. Lo que no se adquiere en las bibliotecas ni en los cenáculos literarios es la imaginación.

La imaginación, tan común entre los teólogos de antaño y los matemáticos e inventores de todos los tiempos, es escasa entre los escritores. Y pocos escritores han tenido una imaginación tan calenturienta, y sin embargo tan respetuosa, de la lógica como Borges. De momento sólo se me ocurren Cervantes, Shakespeare, Edgar Allan Poe, Anatole France, Aldous Huxley, Italo Calvino e Isaac Asimov.

Mi primer desencuentro con Borges consistió en no advertir que su estilo es único. En efecto, en mi juventud yo opinaba que los escritos de Borges parecían traducciones del

# DESENCUENTROS CON JORGE LUIS BORGES

Por Mario BUNGE

inglés. Por supuesto, ya no opino lo mismo. (Quizá haya cambiado de parecer porque desde hace cuarenta años escribo casi todo en inglés. Pero lo que acabo de escribir es de una mezquindad típicamente porteña. Perdón, Borges.)

Durante años algunos amigos comunes me hacían llegar con frecuencia rumores sobre las excentricidades de Georgie, como lo llamaban sus íntimos debido a su anglofilia. Algunas de esas extravagancias eran divertidas; otras, irritantes. Entre estas últimas, recuerdo su defensa de la esclavitud, su admiración por los males de principios de siglo y su deferencia por los militares. Esta última le llevó a colaborar con las diversas dictaduras que se sucedieron entre 1966 y 1983. Por ejemplo, accedió a formar parte del directorio de la editorial de la Universidad de Buenos Aires, una vez que ésta fue intervenida por las autoridades militares.

Algunos piensan que estos «renuncios», como se dice en porteño, se debían a la vulnerabilidad física de Borges. Pero esta explicación es incorrecta, porque los poetas no suelen ser pugilistas. Su amigo Ernesto Sábato, físicamente tan frágil como él, arriesgó con frecuencia su libertad y aun su vida. Por ejemplo, asumió riesgos en sus años mozos cuando militó en la Juventud Comunista; en 1955, cuando condenó públicamente las ejecuciones de militares peronistas; y sobre todo desde 1983, cuando asumió la presidencia de la Comisión Investigadora de los crímenes de la última dictadura militar. En suma, el endeble Ernesto tenía la valentía física que Borges admiraba en los cuchilleros que se jactaban, según él, de no «matar a máquina».

Tampoco se explica la debilidad de Borges por haber sido «hombre de letras», como solía decirse cuando casi toda la población era analfabeta. Casi todos los grandes escritores modernos han tomado partido por los de abajo. Minúscula muestra al azar: Shelley, Heine, Dickens, Hugo, Whitman, Zola, Shaw, Gorky, Antonio Machado, Amado, Asturias, Neruda y Carpentier.

Tampoco se explica la debilidad de Borges

oprimidos). Además, Lord Byron, el conde Tolstoy, Nelson Mandela y otros aristócratas han estado del lado de los oprimidos. Los grandes no respetan las murallas de clase: sólo los pequeños se escudan tras ellas.

Dejemos la explicación de los «renuncios» de Borges a sus biógrafos si aparecen. (No les envío la real, porque Borges era extremadamente reservado y, que se sepa, no llevaba un diario. Si realmente un aficionado a la literatura fantástica tendría la temeridad de acometer esta tarea, escribiría una biografía inventada.)

Pero cambiemos de tema. Lo que no es pertinente a la obra de Borges maduro, que es políticamente tan neutral como la suya, al igual que los demás escritores, Borges será recordado por su obra literaria, no por opiniones acerca de asuntos sociales. Al fin y al cabo, ninguno de los personajes de sus ficciones toma partido. Algunos

ellos son herejes o incluso (como el propio Borges) ateos. Pero ninguno de ellos es cista, conservador, liberal, socialista, comunista o anarquista. Todos ellos viven un mundo políticamente aséptico: un mundo borgesco, un mundo que puede acontecer cualquier cosa más allá de las tragedias que convulsionan al mundo real.

Una tarde, no hace mucho, pulsé el timbre del departamento de Borges en Buenos Aires. Tenía el propósito de devolverle un libro que le pertenecía y llevaba su firma. Un ejemplar de los «Principles» de Spinoza que me había prestado hace muchos años a una amiga común. A mi llamada acudió una mujer muy anciana, que me dijo que señor Borges se mudó hace ya muchos años. Le pregunté si sabía adónde se había mudado y respondió: «Sí, claro, todo el mundo lo sabe. Por su pregunta usted debe de ser extranjero. Pues sí, señor, Borges se mudó a Suiza».

En este momento me desperté. Recordé que Borges había muerto al poco tiempo de expatriarse en un país proverbialmente aséptico, cuyos ciudadanos no son afortunados a las ficciones. (Se dirá que el psicoanalista Carl Gustav Jung refuta mi generalización. Pero no es así, porque Jung supo binar sus fantasías desbocadas con la dirección de una clínica zürichense que cobraba honorarios supersuizos).

Ese fue mi último desencuentro con el poeta. Ocurrió en un sueño. Pero el libro que soñé: está en mi biblioteca y tiene una firma elegante y legible de Borges. En el sueño, lo del sueño fue mentira: una tentativa fallida de imitar a Borges. Solamente si hubiera logrado imitarlo si se lo hubiera propuesto. Pero ¿por qué diablos se hubiera ocurrido a Borges italiano imitar a Calvino argentino?

No me arrepiento de no haber procurado jamás verme con Borges. Hubiéramos podido acriminosamente hasta reñir el desencuentro es preferible al encuentro.



Mario Bunge  
Escritor

¿Qué debo hacer  
para anunciarme  
en ABC?

ABC RESPONDE

Consiga lo que necesite llamando al teléfono:

902 121 902

ABC